

ERNEST FEDER

EL HAMBRE

Aunque es demasiado audaz intentar predecir el futuro, me gustaría ver a través de la bola de cristal e intentar sacar a la luz si dentro de los próximos veinte o treinta años será posible hacer desaparecer, o por lo menos reducir, el hambre de los países subdesarrollados —esa hambre que es una de las grandes calamidades que azotan al mundo capitalista. O si, por el contrario, se abatirá con más fuerza todavía sobre la próxima generación, como parece lo más probable.

Pero antes de ver a través de la bola de cristal, debo aclarar algunos puntos generales.

Hoy, el hambre, al igual que la desnutrición, está vinculada sobre todo con el sistema capitalista.

Por todos conceptos, los países socialistas proporcionan a sus pobladores suficientes alimentos, lo que nos lleva a una deducción fundamental: la de que el camino para resolver el problema de los alimentos nos es bien conocido y puede ser imitado en cualquier parte del mundo.

El hambre se concentra en los países subdesarrollados que forman parte de la órbita capitalista, por lo que la respuesta a nuestra pregunta inicial debe radicar en la forma en que el sistema capitalista funciona y en la manera en que ha de cambiar en un futuro previsible.

Existe la tendencia entre determinados sectores, incluyendo las llamadas agencias de asistencia al desarrollo, de confundir el hambre con las catástrofes naturales. Sin duda, las sequías y las inun-

daciones pueden hacer estragos de la situación alimentaria de algunas comunidades o incluso de regiones mas grandes, pero se trata de situaciones temporales. Si la situación climática retorna a la normalidad, el hambre persistirá: se trata de una condición endémica de nuestra parte del mundo, y no de crisis de alimentos. O bien, si es que se hace necesario utilizar la palabra crisis, entonces resulta que la "crisis" de alimentos es permanente, lo cual en tanto más perverso cuanto que el sistema capitalista ha demostrado ser muy eficiente en la producción, el mercadeo y el transporte. Si falta comida en una comunidad o región, no debe haber ningún problema técnico hoy en día para proporcionarle alimentos desde alguna otra localidad. Para decirlo de una buena vez, hoy hay hambre en medio de la abundancia.

Evidentemente, el hambre es función de la pobreza. Y la pobreza es función del empleo. Donde hay desempleo o empleo con salarios de hambre —fenómenos característicos ambos de nuestra parte del mundo— ahí está el hambre. Así que cuando hablamos de ésta, necesariamente nos vemos obligados a hablar de empleo y pobreza. Son parte de un todo; forman un "paquete".

Encontramos hambre en las ciudades y —lo que es más absurdo— en el campo.

Finalmente, el hambre se ha extendido por el tercer mundo a gran velocidad.

Lo notable acerca del síndrome desempleo-pobreza-hambre es que todos estamos conscientes de su existencia —aunque (y esto es muy importante) no necesariamente como de un paquete. En unos momentos ampliaré este concepto. Incluso en los círculos financieros e industriales más altos de los países desarrollados y subdesarrollados se discute con toda amplitud el desempleo del tercer mundo, así como su pobreza y su hambre, y a este aspecto quiero centrar mi atención antes de intentar explicar los procesos que actúan para intensificar esta calamidad de la época actual. La pregunta fundamental es: ¿Cómo se enfrenta el sistema capitalista a estos problemas y cómo desea resolverlos?

Desde luego, el sistema capitalista no es del todo monolítico. No a todos los capitalistas los medimos con el mismo rasero. Hay aquellos —por ejemplo algunos poderosos banqueros y financieros norteamericanos, europeos o japoneses— que más bien quisieran no tocar la delicada cuestión de los pobres. Son los dinosaurios, los "momios" (para usar la expresión chilena en el sistema). Son de la opinión de que la mejor actitud hacia los pobres es dejarlos a su propio destino. Y no hay que tomarlos a la ligera. La historia está llena de ejemplos en los que los defensores más extremos de un sistema social son los que están en primera fila y, cuanto mayor es el peligro de colapso del sistema, cuanto más intensos los ataques contra el sistema, mayores y más extremadas son los argumen-



tos y las medidas que adoptan para su defensa.

Después están —así se ven por lo menos desde fuera— los capitalistas de mente abierta, los elementos más progresistas que, a menudo utilizando un lenguaje marxista o paramarxista, ven en el propio síndrome de la pobreza un peligro político para la seguridad del sistema. Aunque no estén interesados en términos humanitarios en el desempleo, la pobreza y el hambre, quieren neutralizar sus efectos. Si están interesados en el peligro que se cierne sobre la seguridad del sistema, porque les interesa sobremedida la seguridad de sus ganancias. Fundamentalmente, el último grupo no difiere en realidad del primero salvo en el estilo.

Ya que el primer grupo de capitalistas no habla por lo común de los pobres, de inmediato podemos volver nuestra atención a los progresistas. Hoy en día hay una considerable literatura del "establishment" que busca las medidas a tomarse para "asistir" a los pobres. Gran parte de esta literatura proviene, ¡y qué notable!, del Banco Mundial, hoy por hoy la agencia de asistencia del desarrollo dominante, primera voz cantante del capital monopólico, cuyos bien sustentados préstamos para proyectos y sus estrategias de desarrollo, han sido desde siempre instrumentos para reforzar el sistema capitalista en todo el mundo y sus empresas transnacionales, y que ha contribuido desde entonces inconmensurablemente al desempleo y la pobreza. Las ideas del Banco Mundial han calado hondo y han tenido amplia resonancia entre las

demás agencias de desarrollo y por todas partes, y sus efectos se han sentido directamente en los países subdesarrollados. Podemos sin duda considerar al Banco Mundial como el representante principal del "capitalismo progresista".

El interés del Banco por los pobres tuvo su principio en aquella época que gira alrededor de 1973, cuando se hizo claro incluso para el personal del Banco que, a pesar de un período de crecimiento económico importante durante la década de los sesenta en todo el mundo capitalista, resultado de inmensas inversiones en el extranjero, la pobreza rural y urbana y el desempleo habían crecido dramáticamente. El Banco propuso entonces "*asistir*" a los pobres del tercer mundo, lo que realmente es una extraña terminología. Refleja el hecho de que el Banco no desea acabar con la pobreza, sino solamente aliviar la situación de los pobres en una medida limitada pero enteramente indefinida. A este respecto, su propuesta recuerda una de aquellas benevolentes actividades de las ricas ancianas de la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX, que trataban de asistir a sus pobres tejiendo calcetas y ropa interior para ellos.

La actitud del Banco Mundial es comprensible. Las inversiones que realizan las corporaciones transnacionales de los países industriales o sus instituciones públicas de los países subdesarrollados eran manejadas en gran medida, y todavía lo son, con el propósito de aprovechar la mano de obra barata disponible en estos últimos. Tal es una de



las características de la Nueva División Internacional del Trabajo, o sea la reubicación de la industria, la banca, la agricultura y la minería desde los países ricos hacia los países pobres. Los rasgos principales de este nuevo fenómeno del sistema son, de acuerdo con un excelente estudio que pronto será publicado por Siglo XXI.*

- a) La explotación de una fuerza de trabajo barata prácticamente inagotable
- b) La fragmentación de los procesos productivos
- c) el desarrollo de transporte y comunicaciones baratos
- d) una elevada tecnología y movilidad geográfica, a lo que añadiríamos, en relación con la agricultura, la explotación de reservas de recursos naturales todavía prácticamente inagotables.

Estos elementos han contribuido, contribuirán y seguirán contribuyendo en el futuro previsible a asegurar plusganancias a las empresas extrafronterizas, esto es, ganancias que capaciten a los inversionistas a recuperar su capital invertido en uno, dos o tres años. Así que es comprensible la estrategia del Banco Mundial para "asistir" a los pobres sin acabar con la pobreza, pues la pobreza y el desempleo son una fuente de plusganancias. De estas

sencillas observaciones se hace evidente que la ayuda que el sistema capitalista está dispuesto a conceder a los pobres se mantendrá dentro de márgenes restringidos.

La asistencia puede darse de diversas maneras; por ejemplo, a través de un seguro contra el desempleo o proporcionando bienes gratuitos, tales como alimentos o ropa. En los países industriales existen hoy ciertas formas de ayuda a los pobres y desempleados, en términos de compensaciones a los desempleados y ciertos programas de distribución de alimentos. Todos estos beneficios son conquistas de las organizaciones laborales. Hasta ahora, han ayudado a aliviar los efectos del desempleo que, conservadoramente, se estima hoy en los 20 millones de trabajadores para los países de la OCDE.* Puede predecirse fácilmente que los beneficios se reducirán si continúa la crisis económica actual.

*1. V. Froebel, J. Heinrichs y O. Kreye, *The New International Division of Labour*, Cambridge University Press (Inglaterra), 1979.

* Para una contribución interesante sobre el problema del desempleo en los países industrializados, véase Juergen Heinrichs, *Entwicklung der Arbeitslosigkeit und Arbeitsmarktpolitik in den Industrielaendern*, in *Starnberger Studien 4, Strukturveränderungen in der Kapitalistischen Weltwirtschaft*, Suhrkamp, 1980.





Pero ¿es todo esto factible para el tercer mundo? Hice un simple cálculo con miras a que si los 770 millones de pobres del tercer mundo (una de las muchas estimaciones del Banco Mundial) fueran a recibir tan sólo medio dólar (11.30 pesos) per capita diarios —digamos en términos de una ración de arroz o de maíz—, este plan, que representa una forma de redistribución del ingreso pagada principalmente por los ricos, requeriría anualmente alrededor de 140 000 millones de dólares, lo que parece una cantidad de dinero que causa vértigo. Hoy el tercer mundo no puede proporcionarla y los países industriales no querrán financiarla. Se trata de un gasto desde luego inaceptable para el sistema capitalista, ya que no tendría un *quid-pro-quo* directo. El sistema siempre busca algo en pago de sus inversiones, y el sistema razona textualmente que “asistir a los pobres” es “invertir en los pobres”.

La cifra no es tan escandalosa si la comparamos, por ejemplo, con los gastos anuales en armamentos o con los fabulosos subsidios que el sistema capitalista derrama sobre los ricos del mundo. Pero, dejando de lado nuestros cálculos, los regalos a los pobres nunca alcanzarán más que proporciones marginales en el mejor de los casos. En Sri Lanka, un programa limitado de distribución gratuita de arroz fue motivo de violentas objeciones por parte del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, año tras año, sobre la base de que era “minar a los pobres” y de que atacaba las finanzas públicas. Finalmente, fue suprimido.

Dejando de lado el concepto capitalista de si se debe iniciar o no un plan de distribución gratuita de bienes, debe preverse que un programa así tendría un efecto desmoralizador sobre los receptores y sobre la sociedad como un todo, particularmente en aquellas economías donde las perspectivas de un empleo mayor son sombrías —quizá aún más desmoralizador que la propia pobreza, que ya lo es mucho de por sí.

No: los capitalistas progresistas sostienen un punto de vista mucho más modesto con respecto a la redistribución, sea del ingreso o de la riqueza. En realidad, el Banco Mundial ha formulado recientemente sus propósitos sobre la redistribución y, en consecuencia, ha ajustado su estrategia de desarrollo frente al tercer mundo.¹ Es enteramente un programa mezquino y presumo que representa el pensamiento de este grupo de capitalistas.

La propuesta del Banco Mundial consiste en transferir una porción muy pequeña del incremento del ingreso nacional (y no del ingreso nacional como tal) a los pobres por un período limitado. La porción debe ser muy pequeña porque, de otro modo, y eso es lo que dice el mismo Banco, a los ricos no les gustaría.

La proposición tiene muchos defectos de base. No puede haber una redistribución del ingreso de efecto duradero sin una redistribución de la riqueza —por ejemplo, una verdadera reforma agraria—, punto sobre el cual volveré en unos instantes. En segundo lugar, la proposición está vinculada con un incremento del ingreso nacional. Si no hay crecimiento, nada habrá que redistribuir —precisamente en un momento en el que los pobres necesitan ayuda con toda urgencia, esto es, en un momento de depresión o de estancamiento con inflación. En tercer lugar, es difícil imaginar que bajo las presentes condiciones pueda llevarse a cabo una redistribución, ya que no existen hasta ahora en el tercer mundo mecanismos efectivos de redistribución tanto de la riqueza como del ingreso. De ahí que toda la idea carezca de factibilidad o que, cuando se hace el intento de instrumentarla, actúe en favor de los ricos. En cuarto lugar, ningún proyecto de redistribución del ingreso tan ultra-moderado será efectivo en períodos de inflación —fenómeno permanente del sistema capitalista hoy en día. La inflación siempre actúa en favor de los ricos y habrá de compensar —y mucho más que eso— cualquier proyecto que beneficie a los pobres. En quinto lugar, el Banco Mundial no pide ningún sacrificio tangible a los ricos, sea el que fuere.

1. H. Chenery et al., *Redistribution with Growth*, 1974. Para una crítica más detallada del concepto del Banco Mundial sobre la redistribución véase E. Feder, *Monopoly Capital and Rural Employment in the Third World*, ponencia presentada en el 60. Congreso Mundial de Economistas, México, agosto de 1980.